

La otra cara del Mundial, en dibujos

Pablo, Forges, Martín Morales, Ginés, Saco y otros más han participado en una exposición colectiva, que refleja los distintos aspectos de la represión en Argentina. Dibujos y collages hablan de diez mil prisioneros y cerca de veinte mil desaparecidos durante el mandato de Videla. Al ritmo que alcanza la represión política en los dos últimos años, unas cuatro personas irán a prisión o morirán durante cada partido de fútbol que se juegue. Por otro lado, el salario medio ha descendido un 60 por ciento desde 1976, según cifras que avalan la Asociación Pro Derechos Humanos (sede de la exposición), las centrales sindicales y los partidos españoles, casi en su totalidad adheridos a esta proclama gráfica.

Se muestra también en la exposición una curiosa guía turística, donde se recomiendan restaurantes y tiendas, mientras se advierte al visitante de que nada de aquello entra dentro del nivel adquisitivo del pueblo argentino. Las llamadas villas-miseria son especialmente recomendadas, para quien desee conocer lo que ocultan los precipitados revocos de fachadas en Buenos Aires, Mar del Plata o Córdoba. El número de chabolas ha aumentado escandalosamente, las cifras de paro se han quintuplicado en los dos últimos años, la mortalidad infantil se ha multiplicado por dos, y la maldita economía argentina está costando 740.000 millones de dólares para la celebración del Mundial de Fútbol. El índice inflacionario, como último dato que la guía ofrece al visitante, fue de 177 por 100 en 1977, mientras los salarios sólo alcanzaron un máximo de crecimiento del 40 por 100. Estos datos sirven de base para el desarrollo en imágenes de los humoristas y dibujantes que colaboran en la muestra. ■ CARMEN FERNANDEZ RUIZ.



fenómeno casi insólito en un concierto de rock, bailaron; no se limitaron a adoptar la triste actitud pasiva de quien escucha a sus ídolos como quien está en el cine. Por desgracia, después de las actuaciones empezó a llover torrencialmente, y la verbera —música pachanguera, baile, bebidas y chocolatada final— que estaba prevista hasta la madrugada, no llegó a celebrarse.

La revista que se presentaba, "Caleidoscopio", es muy interesante. Dirigida por Vicente Fernández González, cuenta con

un competente Consejo de Redacción compuesto por Carmina Díaz, A. García Alix, Javier Poves Prades, Antonio Prada Gayoso y Paloma Simón. Desde su primer número, se presenta como una revista no neutral, de izquierdas, y claramente dependiente del PTE. Sin embargo, está animada por un loable espíritu ecléctico, dentro de la izquierda; es una revista esencialmente universitaria y cultural, donde tienen cabida los temas habitualmente malditos o mal vistos en este tipo de publicaciones: homosexualidad —o sexual-

idad simplemente—, drogas, rock, y otras supuestas herejías sociales que suelen aterrar a nuestra pacata izquierda, son tratados con objetividad y sin ningún apasionamiento.

Con esta revista, y con la fiesta que acompañó su salida, el PTE cambia de imagen; deja de ser ese partido de seres oscuros y estricta moral de terebianas y toma un rostro más abierto y sonriente. La izquierda parece, por fin, darse cuenta de que ha de ser un vehículo de la inteligencia y de que su combate es una lucha por la libertad total. ■ E. H. I.

TEATRO

Galpón: Gardel, prohibido

Procedente de la Semana de Solidaridad con el pueblo uruguayo, recientemente celebrada en Venecia, ha pasado en Madrid dos o tres días el grupo teatral uruguayo El Galpón. Grupo, como es sabido y hemos comentado ya en nuestras páginas, que, tras la incautación de su sala y disolución legal por el actual régimen del Uruguay, ha conseguido rehacerse y trabajar en Méjico, a cuyo país regresaba ahora.

En principio, es doloroso que un grupo como El Galpón pase por Madrid sin disponer de un teatro en el que mostrar su actual repertorio. Sin embargo, diversas circunstancias —incluida la de las fechas que corren, con la temporada española llegando a su fin— lo han impedido. Aun así, invitado todo el grupo para intervenir en una de las clases del Laboratorio de la Escuela de Arte Dramático, allí mismo se fraguó la posibilidad, muy pronto resuelta positivamente, de que El Galpón mostrara alguno de sus trabajos en un Colegio Mayor. El miércoles, a menos de veinticuatro horas de abandonar España, el grupo uruguayo presentó en el San Juan Evangelista uno de sus últimos espectáculos, "Gardel, prohibido", basado en el hecho de que siete de los tangos del famoso cantante hayan sido censurados por las autoridades de Montevideo. Tangos que, simplemente, y sin la menor profundización ideológica, hablan de realidades populares —la huelga, el hambre, la limosna...— que a dichas autorida-

des les parecen inoportunos o subversivos.

En un orden estrictamente político, el hecho de que siete tangos de Gardel —cantante que tampoco puede definirse como un "artista comprometido", tal y como hoy se entiende el término, pero cuya calidad y resonancia popular dan extraordinaria relevancia a cada texto— estén prohibidos sería, antes que nada, un testimonio escalofriante sobre una realidad social. En España hemos sufrido aberraciones análogas y muchos cantantes —que hoy podemos escuchar sin que sus letras sacudan los cimientos de ningún sistema, aunque eso sí, dentro de sus posibilidades, cuestionen o cuestionaran el nuestro— fueron durante años prohibidos y tratados como si fueran un peligro social. El que siete tangos de un clásico como Gardel hayan merecido las iras de los censores uruguayos indica hasta dónde un poder puede reducir el área de expresión, eliminar no ya una serie de ideas de la circulación —que no es el caso de Gardel—, sino incluso el simple hecho de nombrar unas realidades, de acabar, pongamos por caso, con la prostitución, tachando la palabra puta del lenguaje público.

El espectáculo se ajusta a los esquemas de muchas de las recientes creaciones colectivas latinoamericanas. Aunque El Galpón suele trabajar con grandes textos, en esta ocasión los objetivos perseguidos le han llevado a trazar un espectáculo en el que era necesario establecer una forma acorde con aquéllos. Sobre los tangos prohibidos, una serie de escenas —que reproducen, a veces, los términos del viejo sainete uruguayo y argentino, de claras raíces españolas e italianas, para aludir en otros casos abiertamente a la realidad política de nuestros días— van ilustrando o contrapunteando las viejas palabras de Gardel. La ironía impide sabiamente que la urgencia política pueda conducir a cualquier exaltación desmesurada. Existe, sin duda, y esa es una de las virtudes del trabajo, la necesidad de gritar por el Uruguay, de expresar el dolor del exilio y de solidarizarse con quienes continúan peleando en el interior, pero a ese discurso profundo del trabajo se une cierta voluntad de juego, supongo que inevitable ante la mezcla de autoritarismo y de ridiculización de esas prohibiciones, perfectamente encuadrables en un "sainete grotesco" uruguayo-argentino.

Antes del espectáculo, Atahualpa del Cioppo, ya casi un patriarca del teatro latinoamericano, figura merecidamente